

# Somos manantial

Raúl Sanz García

Magaux

*sinconsentimiento*





# Somos manantial

Raúl Sanz García



*sin consentimiento*

Colección de poesía





Esta obra se publica en formato digital bajo licencia creative commons. Se permite su uso y distribución libre siempre que sea de modo no comercial y bajo reconocimiento de su autoría.

© Raúl Sanz García 2016

[raulsanzgarcia@yahoo.es](mailto:raulsanzgarcia@yahoo.es)

[raulsanz.es](http://raulsanz.es)

© Ediciones Magaux 2016

Madrid, 2016

[info@magaux.es](mailto:info@magaux.es)

[magaux.es](http://magaux.es)



—Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed —respondió Jesús—, pero el que beba del agua que yo le daré, no volverá a tener sed jamás, sino que dentro de él esa agua se convertirá en un manantial del que brotará vida eterna.

(Juan 4.13, 14)





## El secreto del tártaro

Mirad:

Estos pueblos están acostumbrados a que los devasten,  
estiran sus tiendas sobre la llanura, hasta lo infinito,  
y se tumban bajo el sol a esperar al tártaro.  
¿Qué hacen en su postración?

*Escuchamos crecer la hierba,  
crece en nuestro interior,  
lluvia no le falta ni tierra fértil.  
Somos Manantial.  
De nosotros manan los dones  
y la luz.*

## Profecía

Sintió caérsele la sangre  
y corrió a la cima para verse bien los regueros.  
Llovió entonces en concierto con su sal  
y se dijo: *¿Seré yo la roca abierta  
por la que manas, Oh Señor?*  
Así, ternura luminosa de anchos colores,  
brotaron los cienos y entre ellos la semilla.  
El profeta bajó a la tarde y sonrió.  
Sacó de su boca la palabra,  
compacta como un terrón de azúcar,  
y la dejó en la plaza silenciosa.  
*Y todos vieron Sabed.  
Somos manantial.*

## Sequía

Vino el mercader y vio  
que ya nada quedaba en el mercado,  
que las tiendas estaban vacías, que no había  
jarrones, flautas, alfombras ni alhajas;  
que ni siquiera había tiendas, sólo desierto.  
Todos decían: no nos importa, desconocemos la sed.  
Pero el mercader aún la conocía, así que tomó un atajo  
e hizo que cesara la lluvia interna,  
y eso era sequía sobre lo ya seco.  
Y como antaño el cultivo, se secaron los sueños,  
que necesitan tanto de las sales de la tierra  
como del manantial interior.  
El mercader levantó de nuevo el mercado  
y sobre él tendió fantasías que traía revestidas de zafiro,  
sueños brillantes engarzados de rubíes,  
quimeras infinitas envueltas en burbujas de plata  
que flotaban en el aire como el humo de las pipas.  
Y todos, desvelados, corrieron al mercado  
para dejarse nuevamente la sangre.

## Ephemeris

Sobre las montañas hoy romas se erigieron templos.  
Allí danzaban y se abrían las carnes, y del vientre  
se sacaban el aire de la palabra como forma esculpida.  
Bajaban a los pueblos en las fiestas de año nuevo  
y repartían esos dones que todos devoraban  
como panes creados de la nada.  
Disparaban flechas fantasmales que atravesaban  
las corazas y los muros y hendían la carne  
con un dolor que todos expresaban como cierto.  
Aquella era su alquimia:  
la palabra no dice el objeto, es el objeto,  
un objeto diferente de lo nombrado.  
El alquimista diestro sabía mezclar las vísceras  
para sus pócimas de amor que, bien agarradas  
a la lengua, envenenaban los cuerpos.  
Su palabra mataba a distancia.  
Bastaba que los viejos hablasen  
para hacer fuego en el invierno.  
Su palabra abrigaba en el vacío.

Pero esa palabra era una ley extraña a los dioses,  
un sacrilegio para quienes decidían callar  
y prestar su aliento a lamer lo tallado en las piedras.  
Aquella lujuria debía ser castigada,  
aquella soberbia de pretender el día cuando era la  
noche,  
de pretender la vida cuando era la muerte.

Así quedaron prendidos como moscas a la tela,  
refunfuñando infinitamente lo incomprensible.

Todo se agostó en un día eterno  
como una noche suspendida en la tormenta.

*Los dones manaban del delirio de trasmutar lo diverso*  
en flor de todo, así vieron que nada lo contenía,  
y que sin tierra, sin noche, sin agua  
los ojos se calcinaban  
en el centro de la mirada.

## Miedo

Nada queda que merezca nuestro temor,  
todo lo indómito yace bajo las alfombras,  
las estepas carecen de ventisca  
y la ceniza se ha impuesto a los caminos.

Aún así,  
es el miedo la ley,  
ninguna otra. Nada hay  
que desbroce las miradas,  
los hogares yacen hundidos en ese  
oscuro cimiento sobre el que arrojamos  
las palabras. Clamamos al cielo  
y pueblos enteros se desuellan  
bajo el firmamento. Los bufones gritan:

*¡Alegría!*  
*¡Vestimos la piel del lobo!*  
*No hemos ya de temerlo...*

La sombra que veíamos en sueños,  
aquella a la que dimos los primeros nombres  
antes que a la luz,  
aún circula en nuestra sangre.  
Tenemos miedo de nosotros mismos  
solamente  
y sobre eso hemos erigido el Verbo.

## Jauría

A cada palabra nos responde el eco sangriento  
de los perseguidores  
amos sedientos de toda la tierra yerma.  
No acaban nunca de llegar  
pero acechan siempre  
y su aliento gris cubre las estepas  
como un veneno invisible



## La tierra del sol

### I

Hay un pueblo en el centro del mundo que  
solo conoce el sol  
y lo ama.  
Sus bosques se desmenuzan como la  
albahaca embrutecida  
y especian el desierto. Dicen allí:

*Ya no cultivamos la tierra.  
La tierra nada da, salvo polvo.  
Somos manantial.  
El sol seca en nosotros los frutos,  
los aprieta en su mano de fuego  
y los avienta en nuestras fauces.*

## II

Prefiero este mundo devastado  
donde hay tanta gente como puedo ver.  
En el otro, la gente era tan numerosa  
como los granos de arena,  
sus desiertos no eran sino de gentes.  
Allí, vivía en los bajos de una torre,  
al lado del estruendo de los vientres.  
La salud no me faltaba, todo era higiene,  
el cuerpo se volvía loco y se hinchaba  
de tanta limpieza.  
En aquel lugar, jamás tuve cónyuge ni hijos,  
no conocí dos veces a la misma persona  
y los días eran todos lo mismo.  
En ese mundo, los poetas gritaban:  
¡Mirad todo lo que se puede hacer con las palabras!  
Y nada hacían.  
Yo me sentía tan desolado...  
Pero aquí soy manantial. El sol se repite  
y lo contemplo con los ojos abiertos y quemados.  
Ya no hay dolor ni higiene,  
somos el polvo que todo lo ocupa,  
somos el espacio y somos el tiempo  
corriendo en cauces anchos como el Todo.  
Aquí, en este mundo silencioso, puedes abrir la boca  
y si quieres pan, te entrará pan,  
si quieres voz, te entrará voz,  
si quieres muerte, ella te entrará  
y cerrará la puerta tras de sí.

## La palabra

### I

El hijo del herrero fue el que entró en la cueva.  
En la oscuridad, perdió el rastro  
y una luz de más allá de la piedra le dijo:  
*Toma el martillo, la lira y el fuego;*  
*sal al río y, en la noche más soleada, pronúnciame.*  
Quien se lo dijo mugía con las patas de hierba,  
estaba manchado de sangre y sus astas  
se enroscaban como la espiral del cielo.

### II

Mirad la palabra:  
Su plata es verde,  
la recorren hongos,  
la deforman y alteran.  
Cuando se creó, quiso decir FORJA.  
Tantos milenios después,  
cuelga insípida de las lenguas;  
abstracta y melosa,  
gotea sin significarse  
y en sus regueros parece decir  
floja, fuera, fosa, farsa...  
o cualquier otra cosa.

## **Construcción del Desierto**

Lo que hace a un desierto es la repetición abusiva  
de lo mismo.

La escasez es la abundancia obtusa del átomo.

El Desierto es refugio, destierro y palacio

a la vez en el Todo

y en cada mísera repetición.

El plano del desierto es ya el desierto.

## Donec

### I

Dicen que si insistes en tus fantasías,  
por la simple inercia del pensamiento  
te manará lo deseado.  
Mirad, nosotros hemos deseado amor  
y aquí está, entre nuestras piernas.  
Hemos deseado billetes  
y aquí están, entre nuestras piernas.  
Hemos deseado fama y honores  
y aquí están, entre nuestra piernas.  
Nos han manado de aquí, no de los cielos.  
¿Para qué levantarse ya?  
Mejor sería no tener piernas  
y manar directamente desde la mutilación.

## II

El deseo es siempre el mismo  
y tan grande como el paisaje.  
Si el paisaje es poco, los ojos,  
concentrados en lo estrecho,  
se desbordan con cualquier rayo de luna.  
Pero pobres nuestros ojos  
cuyo mundo es tan inmenso  
que jamás serán capaces de abarcarlo.  
Deambulan ante ellos todos los dones del universo,  
pasan sin sudores, como vagos pensamientos  
que se tienen en la inercia de mirar.  
El deseo se pierde entre dunas interminables  
y cada una es de una forma irrepetible,  
mas todas lo mismo y distintas  
de sí mismas cada vez.  
Eso es el río,  
la inasible presencia de lo eterno  
resbalando por la corriente,  
fluyendo hacia la única dirección  
que nos es permitida y que es siempre,  
y solamente, alejamiento.

## Verbum

Hubo un hombre en cuya infancia se auguró  
que su palabra prendería los templos.  
Desde entonces, cesó de hablar,  
sabía que, cumplido su don, moriría.  
Así vivió cientos de años, soportando el dolor  
y las nauseas de gritar.  
Mas llegó un día en el que ya la boca  
no le sostenía el silencio  
y a la muerte dejó de temerla para desecharla.  
Sigilosamente, se agachó a husmear  
una traza de mundo indiferente.  
Así postrado, desde los huesos, dijo:  
*Hubo aquí una flor...*  
Lo dijo como un viento después de muerto  
y viajaron sus palabras a todo lugar.

Mas no le entendieron.  
*Déjate ser*  
fue la respuesta.  
*Las palabras son como pústulas*  
*o como retales cosidos a una camisa inútil.*

El hombre muerto no tendrá sepultura.  
Él es santuario  
Él es ofrenda  
Él es un altar cosido de flores.

## El libertador

...cuenta la leyenda que llegó un extranjero desnudo y extático, y cortó con el filo de su pecho las cadenas de aire que nos ataban a la tierra.

Nuestros padres le miraron como se mira a un rayo de sol y permanecieron quietos, solazándose en su inmensa prisión.

Allí murieron y hemos continuado su esclavitud por amor a la patria.

El libertador merodea por los arrabales fértiles que rodean nuestro yermo.

Es un títere del destino cuyos hilos fueron cortados.

Deambula ciego y borracho lejos de nosotros, desconoce el camino a su hogar

y a veces quiere acercarse para hablarnos, pero ¿de qué podríamos hablar?

Él es todo exterior, su pasión la lleva uncida a la piel.

Nosotros somos manantial

y nuestra piel está cubierta por una finísima seda impermeable.



## Obvio

### I

El ojo se cierne sobre el ojo. Veo lo obvio.  
De tus pétalos sé que quieres un hijo,  
de tus rieles veo que troceas el verbo,  
de tus goznes huelo que perfumas el mal.  
Muelo los colores para el pan de tu cena.

Soy el ojo que veo

Soy el sabio

Soy el decidido.

Soy el martillo, la luna y el río.

Proyecto los campos con la mirada,  
pájaro agrimensur y tridimensional,  
buey celeste que eyacula el horizonte.  
¿Por qué un desierto?  
Podría poner trigos o campos de flores,  
cubrir las hierbas de manadas de bóvidos  
o de cauces traicioneros apestados de reptiles;  
estirar un bosque como si esparciera confeti  
o una urbe de cristales ascendentes.  
Pero no, prefiero este mar de arena  
porque es un cuerpo suntuoso tendido  
en la totalidad  
donde la mano tropieza siempre con la carne  
donde el deseo coincide con el hastío.

El ojo condena a la mirada.  
Soy parásito del cerebro,  
la pulga del aroma,  
la aguja de las galaxias.

## II

En todas partes es  
el día lo mismo que la noche  
el invierno lo mismo que el verano  
el mar lo mismo que la tierra  
el cielo lo mismo que el infierno

La carne, lo mismo que la arena,  
se pierde entre los dedos,  
sólo mirándola es el cuerpo.  
Mas los ojos son una devastación inútil,  
no se bastan sin la ceguera de la mano,  
deambulan sin ella como hambrientos  
sobre la ceniza. Así es como el ojo  
se cierne sobre la sombra  
cuando la vida es lo mismo que la muerte.

## Redentor

Condenados a repetir los mismos salmos  
                  oscuros  
delirios de hombres remotos.  
Su hambre, no la nuestra.  
Su lengua, gruta de la nuestra.  
Sus muertos...

Vengo a partiros el rostro,  
miserables pastores.  
De mi espada caerá el verso  
roto, esparcido por vuestro desierto,  
indiferente entre la arena  
como una arena más.

Guardaos vuestra sórdida interioridad,  
esa legumbre seca convertida en fastos,  
pasto de las dunas,  
coméosla, como en vuestros rituales,  
          hasta el último pedazo.  
          No queremos  
ningún cadáver flotando en nuestras fuentes.

Mirad vuestra obra:  
Desengañaos, no perdura, nada lo hace.  
Vuestros cálices son las manos de un sediento.

Mirad las cuencas vacías en el paisaje,  
la gula de vuestras almas  
es la castidad que lo ha devastado.  
Dejadme, mulas fariseas, que le de  
nueva fertilidad a la yerma planicie  
de vuestros salmos.  
Mi semen es ácido para vuestras lenguas.  
Mi palabra, un nuevo sol.

## La muerte del bardo

### I

El día antes, el bardo escribió:

Tienes el cuerpo velludo (eso no lo dicen las odas),  
hueles como un oso y te restriegas contra las  
cortezas.

Si así te alzas, hembra, yo podría penetrarte  
como cualquier otro macho.

¿Para qué cantarte entonces?

¿Para qué entonar mis sudores

y mis años pasados entre sábanas inútiles  
si cualquiera, de un soplo, puede derribarte?

Descalzo vengo, con los pies sucios,

y esparzo por tu vestíbulo mi indiferencia;

la simiente la río tras una copa de vino,

vulgar como el soldado que te ata las manos

y recorre el mundo asesinándote.

Han muerto los árboles, ausentes de rayo,  
ya nada se erige, todo se alza en derrumbe  
como piel enferma desmenuzándose  
en un exceso de caricias...

## II

El bardo cantaba una historia de amor  
hecha de corteza de roble y piel de oso.  
Le mataron con flechas de hueso untadas de miel.  
Se las clavaron empuñándolas,  
habían perdido la ciencia de la distancia.

## Reflexión

El hastío, o el azar, zanjó los cielos  
e hizo lluvia del sudor último de los dioses.  
Quienes estaban bajo ella no recordaban,  
pensaron que se trataba de algún llanto atroz,  
en su olvido, cualquier cosa era posible,  
habían retrocedido al tiempo del cansancio  
en el que todas las horas son la hora del despertar,  
en el que los sueños se desbaratan  
como espejismos susurrantes que se funden  
contra el día, y aún no están los ojos,  
la boca flota como la del pez  
y los pasos se coagulan contra el suelo.

La lluvia fue como si arrojasen  
un puñado de ceniza brillante  
que floreció como una palma de plata  
danzando sobre una oquedad.  
Quienes se acercaron vieron,  
durante un instante, su propio reflejo,  
no era nítido, sino un sucio propósito de luz,  
pero bastó para que los ojos doliesen  
y muriese el niño.  
El hombre sintió su barba famélica estancada  
sobre el hueso.  
Podía comprender, pues le rebrotó el don,  
mas no comprendía, estaba vacío,  
todo su ser era el vómito de siglos.

*Cómo puede haber alguien dentro de la piedra.*

*Qué mundo hay más allá.*

Movía las manos ante la espantosa mimesis  
de su ególatra,

hablaba y la voz era exacta en todo.

Entonces, lloró sobre el charco y una gota  
le golpeó la mejilla. Precioso instante.

El sol secó el mundo.

Aquel que se vio recuerda, ya no es un niño,  
quiere llorar por lo que fue,

quiere ver la lágrima caer en su respiración,

quiere verse en ella deformado en la absoluta esfera,

quiere ver al que le amó y le habló

con las palabras de la vida.

Pero ahora, todo cae...

Ni siquiera puede llorar por ello.



## Onironautas

### I

Habitamos el bosque hasta que nuestros cestos  
estuvieron llenos. Pero aún dijeron: MÁS.  
Agotamos los frutos hasta que desbordaron  
los cestos. Y aún dijeron: MÁS.  
Arrancamos los árboles, y con ellos todo ser  
que allí habitase.  
Nuestros cestos rebosaban inútilmente hacia la nada,  
los frutos de abajo podridos, los de afuera  
desperdiciados.  
Entonces dijeron: YA.  
Nos echamos a dormir.

### II

No se necesita lo imposible. Nuestros vientres  
viven de adentro, son silenciosos como anguilas.  
Mirad la física, carece de alimento,  
le crecen garras inertes, desechables y fósiles,  
todo allí cesa, se nutre y revienta.  
Nos es indiferente que el buitre nos confunda  
y se acerque a nosotros para saciarse,  
nada sentimos; él cesará en su misma hambre,  
pero nosotros vivimos sin cuerpo,  
sin tiempo y sin muerte posible.

Aquí, en la fábula del loco atávico, hemos cobrado  
consciencia. Todo lo vemos en la caverna,  
las sombras son la verdad y nuestros ojos su sol,  
les damos la forma de nuestro deseo  
y en él retozamos sin necesidad de musculatura.  
Tan saciadas están nuestras cestas  
que nada queda afuera que podamos necesitar.  
Al fin terminó aquella locura en la que parecía  
que íbamos a estallar.  
Mas ahora, en esta noche, en este silencio,  
tenemos todas las pieles, todos los rostros,  
todos los cuerpos...  
Somos pintores de imaginación infinita,  
ningún paisaje puede pesar tanto como nuestro  
aliento.  
Unos pocos árboles son la semilla de esta cosecha.

### III

El soñador soy el ejemplo de lo indeterminado  
o de lo múltiple. Nada por encima de nada,  
todo a la vez.

Aquí mi cuerpo vivo, atado y lineal.

Allá, ondulo como la corriente.

No me crees cuando te digo que la física en los sueños  
es la misma, pero díselo a la despiadada muerte que  
un día

recogerá tus certezas y se hará un collar de huesos.

En el sueño, degüello a la palabra, copulo  
contra la acidez de la arena y nacen de mi vientre  
átomos tan reales como los del lecho.

Mas el lecho es blando y no resiste,  
se hunde en las dunas, me entierra en vida

porque le puede la inercia de la fe,  
que es una lengua sangrante clavada a un madero,  
y me hace tigre colgado de sus fauces sobre el vacío  
a la espera de que la ley cumpla su tarea.

En los sueños, sin embargo, la ley trabaja para mí.

Yo le digo: *¡Devore mi tigre el mundo!*

y allá se alzan hongos nucleares sobre la tierra,  
pesadillas cuánticas sobre los vientres.

Adentro amo a todos los seres y con todos yazgo  
como una bruja untada de mermelada  
que disfruta de la vida.

## El jerarca

Una tarde pesada,  
Alguien se levantó del sueño de todos  
y alzando las manos, exclamó:  
¡Escuchadme!  
He recordado, el sueño me ha dado el Don:  
*¡Yo soy el jerarca!*  
Otro más viejo despertó, por vez primera en eones,  
y le preguntó:  
Dinos tú, que con esa palabra desconocida te quieres  
nombrar,  
quién eres y cuál es el nombre de tu padre.  
El jerarca no supo qué responder.  
El viejo se le acercó y con una caricia  
le estranguló la palabra, la ingiere, los ojos, las manos...  
Ya sé...  
Yo conocí a tu padre, pobre infeliz engendrado por el  
último,  
él se alzó como tú y nos dijo que nos concedería el Don:  
*Sed todos como yo, sed todos el jerarca.*  
Desde entonces, dormimos y ya no somos hombres,  
ya no aramos la tierra ni matamos el cerdo,  
ya no cantamos, nuestros vientres son estériles...  
Desde entonces, somos manantial.  
Vuelve, pues, al lecho.

## El pueblo del águila

En el principio no fue el verbo, sino el Águila.  
Consumidos por el sueño, hallábamos la sombra  
entre sus alas y así la adorábamos,  
como si ella fuera el mundo.  
Mas ese despertar terminó sus temblores un día  
cuando el sol devoraba la simiente y vimos venir  
a lo lejos a las huestes reptantes del enemigo.  
Entonces, uno de entre nosotros se alzó  
con el rostro del Águila y la piel de su envergadura,  
y bajo su garra pereció el invasor y ganamos la tierra.  
Así fue como el Águila y el Héroe engendraron al  
Híbrido.

Adorábamos al Híbrido. Él nos gobernaba  
y nos hablaba en imágenes proyectadas sobre piedra.  
Fue así hasta que de nuevo el enemigo  
se asomó por las lomas, pero esta vez vino alegre  
y sigiloso. Ya entre nosotros, nos lavó los pies  
con ácido en nuestros propios vestíbulos.  
Entonces, uno de entre nosotros se alzó  
con la máscara del híbrido y sus brazos tatuados a la  
espalda  
y de un hachazo devoró al enemigo.  
Así fue como el Híbrido y el Caníbal engendraron al  
Jerarca;  
desde entonces, este nos gobierna  
y nos habla con escritura de silencios.

El enemigo no ha vuelto  
pues vive entre nosotros,  
y los más sabios, y viejos, saben  
que el dios inane y ciego que está clavado en los  
altares  
no es más que un muñeco, una máscara  
que esconde en lo más hondo  
al Águila, cuyo nombre está en el olvido.

## El ciego

Mis versos son sólo para contentaros,  
para que veáis a través de lo que yo veo.  
Mis tropiezos los torno en piruetas  
y ando sin bastón para ser más bello.  
Voy sin rumbo sobre la arena  
y el rastro que dejo es la escritura  
de los versos que leen los cielos.

## Cárcel

Lo de dentro es cárcel.  
Lo de fuera es cárcel.  
Ya no me despierta el gallo  
con su canto de metal.  
Deambulo por mi superficie  
condenado a permanecer  
fuera del presidio.



## La Saez

El yugo racional de nuestros papeles,  
la Saez soy de la pierna asada.

A mi fiesta nadie está invitado pero todos vienen,  
es un pozo en medio de su camino.

Allí caen los cuerpos, apilados por la ley de la caída,  
atorados como los mozos a la entrada del coso.

¡Esa es la fiesta!

Y los diletantes se preguntan:

¿Qué hay entre los cuerpos?

Lo que hay entre los cuerpos es más cuerpos.

Aquí ya no cabéis, pues el placer es tal que se han  
fundido.

¡Soy la Saez! El gozo máximo e irreversible.

El alimento es más que ya no el hambre, sino incluso  
el cuerpo.

Carne entre la carne.

Mi fiesta está en todos los solsticios, ahora que el año  
ya no pasa, que se han secado los campos

y el sol se desliza a la misma distancia todo el tiempo.

La fiesta es siempre, la Saez

que fluyo en todos los cauces y lleno todos los mares.

¡Yo hidrato tu cuerpo seco, Gaya Estúpida!

## El pozo

A los recién nacidos, les sumergen en un pozo  
y en húmeda oscuridad les cantan  
y les tocan campanas que repican  
como fantasmas de piedra en piedra.  
Después de varios días, los sacan ciegos y arrugados,  
sus fauces se han derretido  
y sus genitales convertido en muñones inservibles.  
Saben los sacerdotes que esos niños serán  
ya de ese modo para siempre y que llevarán  
el desperdicio tatuado en las costillas,  
no les hacen más que lo que a ellos les hicieron.  
Mas uno tuvo que ser el primero.  
Uno tendrá que ser el último.

## Consumación

Una mañana, llorando,  
el mago se arrancó el nombre,  
partió en dos su bastón, el último,  
y arrojó los pedazos al infierno.  
Le goteaba aún de los labios el sudor,  
la túnica le corría por las sienes  
y su cuerpo, cual arista en sardónica histeria,  
se revolcaba en la liberación.  
Más no era aquello, muertos los sueños,  
lo que buscaba. Sólo me queda esta pudriéndose aura  
como último rastro de nigromancia.  
¡La palabra está hecha de células muertas!  
¡Acabad!  
Exhaló su último llanto  
y arrojó los restos al abismo.  
¡Traed aquí los ácidos!  
El Oro y las tripas me los comeré crudos.  
Así aprendió a paladear el sufrimiento.  
Lo tragaba impávido y vicioso, como un enfermo  
que ha perdido la noción de su placer.  
Cerró sus dones. Ya no soy manantial.  
Y el suplicio le manaba adentro,  
lo tragaba  
y saboreaba.  
Desnudo ante las tormentas de arena  
agarra los hierros candentes, los muerde  
y no aparta la vista...

## Tiempo

La sibila me ha permitido ver  
en la negra superficie del pozo  
qué futuro hollara los caminos  
de nuestro esfuerzo  
y vi por ellos venir a los bueyes  
hinchados de golosinas  
tronchadas sus patas por el peso del oro  
y tras ellos venían hombres jadeantes  
que no portaban nada  
sus miradas desorbitadas por el placer  
ignoraban el desierto que les rodeaba.  
De vez en cuando, alguno caía  
y allí quedaba, masturbándose en el polvo  
hasta morir

¡Oh tristes visiones que mis lágrimas rompieron!  
Desde entonces me sueño infectado  
por sus burdos placeres, ditirámico y hueco,  
consumido por la risa insensata  
hasta que el jardín se seca y desintegra  
y los caminos perecen en el todo.

# Novum

## I

No tenemos padres,  
quienes han existido antes  
eran lo inmediato embrutecido.  
A nosotros nos ha engendrado la ceniza  
y no le debemos obediencia a ninguna guerra  
ni a ninguna ley.  
Hay en nuestro pecho un coraje  
que apesta a infinito y desprecia lo escrito.  
Incluso la lengua habrá de ser toda muerta,  
como los mares.  
¡Ved!  
Manos, ojos, piel, cabellos...  
Somos nuevos, otra cosa que la vida,  
otra cosa que especie, otra cosa que dioses.  
Caminamos desnudos y eso es abrigo.  
¡No nos es posible la desnudez!  
*Somos manantial,*  
y allá donde vosotros veis en la noche  
un vacío descomunal de ínfima urdimbre,  
nosotros vemos el alimento atravesándonos.

## II

A esa mujer andrajosa la desconocemos.  
Se arrastra hacia nosotros y nos llama hijos.  
¡Apártate bestia!  
No nos parió una virgen ni una puta.  
A Dios lo hemos devorado y su reino  
ya no es un pestilente éter que vaga  
en el sin-nombre,  
ahora circula en nosotros.  
*Somos manantial.*

Decían: *De la nada, nada se crea.*  
Pero mirad: hemos surgido de la nada.  
Si a lo eterno nada lo ha creado, ahí tenéis la prueba;  
si no tiene origen ni principio, es que es hijo de la  
nada.  
De su seno las bastas criaturas,  
apaleadas por los caminos, nacen entre sangre  
y vísceras unas de otras.  
¿Qué nos importan a nosotros todos los crucificados  
o los gaseados, los mendigos  
o los niños despedazados por bombas?  
¿Qué nos importan esas insignificantes existencias  
que han surcado el mar  
como los manotazos de un pirata borracho?  
No tenemos que pagar por nadie,  
ni siquiera tenemos monedas,  
eso es una miseria vuestra.

¡Tomad todo el oro y reventad!  
¡Tomad las oraciones y reventad!  
Tomad toda la sangre y saciaos  
en vuestra propia cloaca del desespero  
de todas las absurdas víctimas de la historia.  
A nosotros nada nos dan y nada nos quitan,  
panal extinto, olvido...  
Viviremos por siempre en la materia,  
haremos de nuestra carne una medusa  
gelatinosa e indestructible.  
¡No nos llaméis humanidad!  
Ved, en este haz de luces y en esta matemática precisa  
está nuestra eternidad. Lo humano no está aquí ya,  
se perdió en las zanjas del bien y el mal,  
en los caminos espinosos de la virtud.  
Nuestra alma es de metal, otra cosa que espíritu,  
otra cosa que salud,  
otra cosa...

## **Tratado de poesía absoluta**

El amasijo se hace de grafismos.  
Los grafismos horadan el aire o la tierra,  
mas nunca el fuego o el agua.  
Los grafismos esconden el fuego o el agua,  
mas nunca el aire o la tierra.  
El poeta, con el martillo de sus manos,  
sobre la fragua de su pecho,  
golpeará el amasijo hasta que los legos digan:  
Eso es una forma que admite alimento,  
un cuenco, una tinaja, un cáliz...



## El agujero

El pueblo se adentró tan remotamente en la llanura  
que halló el agujero. Lo encontraron los niños,  
que corren siempre hacia lo incierto.  
El agujero era una hondéz negra y redonda  
de perfección dolorosa y vacíos ojos.  
Los primeros dijeron: *¡No puede haber esta carencia!*,  
y comenzaron a tirarle piedras y luego arena;  
querían herirlo o rellenarlo,  
pero el agujero todo lo tragaba con hambre infinita.

Quizás no baste con piedras, pensaron,  
y le arrojaron vida, y luego ellos mismos  
se fueron lanzando al agujero como dados en  
ofrenda.

Y en su caída, el desesperado gemía:

*¡Maldita negrura en medio del mundo!*

*¡Nada perfecta en medio del desierto!*

Y así supo, iluminado por la oscuridad,  
que sólo la nada es perfecta, que siempre lo es.

Cerró su rostro.

*Si quisiera yo saciarte, necesitaría*

*la exacta materia del universo entero.*

Otros, excitados por el silencio de aquel,  
Juntaron sus manos y, palmo a palmo, midieron el  
agujero.

*Ya de nada vale alimentarlo, pues sabemos que crece  
siempre su áureo y misterioso diámetro.*

Ese número se lo tatuaron en la frente  
y sólo comían el arroz en esa cantidad.

Miraban hacia el agujero con los ojos cerrados  
y a nadie dejaban acercarse.

*Es posible conocer la ausencia por lo que resta al mundo...*

El vacío se convirtió en su deudor,  
lo recaudaban e invertían,  
hasta que enloquecieron de mirarlo. Tanto lo  
adoraban

que lo rodearon de espinos y el agujero sangró  
por las heridas de su frente.

Todos se postraron como si sangraran ellos mismos,  
pero su sangre venía también de la nada  
y cuando les cayó a los labios,  
notaron que no tenía sabor.

La hambruna se extendió por la llanura.

Las gentes deambulaban sin rumbo,  
si se topaban con el agujero, caían dentro sin más.  
Siguiendo el ejemplo del agujero  
que les había vencido, dijeron que todo era nada,  
como aquel ojo devastador...

## Exvotos

Depositamos en el altar las manos vacías.  
Y dice la plegaria:  
Tomad, dioses, todo lo que de nosotros es.  
Tomad los cueros y las correas.  
Tomad las cabalgaduras y las hembras.  
Tomad los néctares y la música.  
Tomad las caries y lo hediondo.  
Tomad el vello y las uñas.  
Tomad la sed y la palabra.  
Tomad la piel plegada en 77 dobleces.  
Tomadlo todo y dejadnos en paz.

## El taxidermista

De la salud se ocupa el taxidermista.  
Él no cura, no es necesario, ya no hay males.  
Él magnifica, lo ya vivo lo amplía a constancia.  
Se ocupa primero de nuestra lengua,  
hasta que dejamos de hablar y sólo mostramos  
espasmos congelados como aves suspendidas en la  
caza.

Luego se ocupa de nuestros ojos,  
los draga con pinzas doradas y los colma de ceniza.  
Y por último se ocupa de nuestro sexo;  
a las hembras las tapia con cemento,  
a los machos los rellena de arena del desierto  
y quedan erectos e inútiles  
como los ídolos cómicos de un teatro antiguo.

## El sepulturero

Gano un poco de dinero enterrando  
a los que mueren  
aquí y allá.  
Es difícil distinguir  
a los vivos de los muertos,  
ambos yacen  
y no sé  
hasta que el olor no es ya insoportable,  
tanto que hasta llega a molestar a los vivos...  
por eso me pagan, para que nada moleste  
a los vivos y puedan morir en paz.  
¿Quién me da el jornal? Nadie,  
les saco las monedas del bolsillo  
a unos y a otros.  
Nadie aquí estira un brazo,  
sólo yo voy de un sitio a otro  
entre los cuerpos desnudos.

## Enseñanza

No tengo miedo a morir en mitad del camino,  
en un claro al atardecer entre el canto de los pájaros  
y el rumor del arroyo que alimenta los árboles.  
Pero a veces despierto y me hallo solo y desnudo  
en ninguna parte. No hay agua en el cauce  
y es entonces cuando sobreviene la sed.

El viejo maestro (el más grande que ha existido)  
nos enseñaba a dejar de pensar. *Solo eso.*

## Sabez

Ahora que soy viejo, mi sufrimiento es sereno,  
lo vivo en paz.

Nos adherimos al deseo para repetirlo  
cosmogónicamente,  
así se hace una rutina del dolor.

El vicio  
el placer  
todo eso se pierde en el fango.

En mis años de asceta me pregunté por qué sufría.  
Mírate, me decía reflejándome en la piedra,  
no hablas y apenas comes,  
te has alejado de todo mirando la maleza  
por la que te alejabas para olvidarlo.  
Aún así, vacío y desnudo, sufres ¿Por qué?  
Sufres como el joven sulfurado,  
como el obseso  
y como el padre.  
O sufres de no sufrir y arrastras el arpón  
de la redención y la renuncia.

¿Qué es?

¿La muerte?

Lo único que le reprochamos a la muerte  
es que sea tan grosera que nos deje  
en mitad del alimento y nos tire el plato  
a las rodillas.

¿El amor que hace imitaciones de la muerte  
como un niño inconsciente?

Quizás. Lo he tenido en el río,  
en el cauce que bajaba del molino,  
y allá me atravesaron sus aspas  
e hicieron de mí el pan.

¿O la soledad?

El camino roto del que va al encuentro del absoluto  
no olvida,  
coloca las esquirolas de sus músculos caídos  
y compone danzas atrofiadas  
ante los ojos.

Pero sabed:

Renunciar a todo es permitirte todo;  
por eso a los ascetas nos acuchilla el exceso,  
de todo estamos servidos en demasía,  
todas las tierras las pisamos con cansancio  
y cerramos fuertemente los ojos hastiados del mundo  
para ver algo adentro,  
para encontrar la fuente  
que rompa la negrura  
y nos devuelva a una infancia de olvido  
donde todo esté nuevamente pendiente.



## Noche

Despertarse en mitad de la noche  
desvelados por una amenaza  
y correr con el cuerpo aún recogido  
contra el sueño, como si el acecho  
que presentimos fuera una sombra  
transversal entre dos mundos.

Ese modo de vida itinerante,  
cuyos refugios eran la intemperie,  
talló en nuestros cuerpos los hilos  
del silencio. Cuando el aullido  
nos rompe, aún podemos sentirnos  
volar, rotas las barreras, perdidos  
los dones, volar en busca de  
respuestas como anfibios  
del aire y el fuego.

## **Lluvia**

La naturaleza última de las palabras  
es ser como la lluvia  
voz que riega

## La llamada

Nacemos llorando,  
no dispuestos a correr como gacelas.  
Nacemos en la palabra antes de la palabra,  
en la llamada a los cielos.  
En la primera luz, todo son dioses,  
y en la noche descubrimos la soledad,  
el vacío primordial de las estrellas, su silencio  
implacable.  
Aprendimos el habla como un consuelo  
ante esa inmensidad que nos ahondaba el grito,  
que nos lo extirpaba de la punta del dedo  
y nos los ceñía a las venas como una faja de las  
entrañas.  
Desde siempre, hemos tenido la llamada  
como una carne más del cuerpo,  
y si nos la quitaban, nos mutilaban.  
Lo llamamos espíritu, o alma, mano invisible  
salida de la espalda que desbroza la exuberancia  
espinosa  
de lo que es indiferente a nosotros;  
araña los campos para que podamos transitarlos  
y escribe, con la pluma de su sangre,  
los relatos de nuestros despertares.  
Resucitábamos siempre al encuentro del águila  
de alas de fuego que se levanta eterna y altiva  
sobre nuestra miseria mortal.  
Hasta que supimos que era un sueño.  
Y aún así, no dejábamos de llamarla,

como cuando éramos criaturas inservibles.  
*Madre, danos el pecho ¿Eres tú el cielo, eres la tierra?*  
*Has de ser aquello de lo que crece lo que no comprendemos.*  
*Te llamamos y vienes siempre en el ciclo de las lunas,*  
*traes el río pleno y sacias nuestra sed.*

En el fondo, siempre ha estado la llamada.  
Los primeros sabios dijeron:  
el agua, el aire, el fuego o la tierra.

¡No! La llamada.  
El espíritu es la llamada  
la palabra es la llamada  
la materia es la llamada  
Nuestros ojos son la llamada,  
dispuestos a ver en cualquier mota del mundo,  
otros ojos, un rostro, el rostro del Padre.  
Subíamos a las montañas, prendíamos fuego  
y desde allí gritábamos: *¡Padre! ¿Estás ahí?*  
En cualquier lluvia o viento veíamos su respuesta;  
en cualquier forma de las piedras, en las estrellas,  
en los mares, en las llamas. En todo creíamos verlo.  
A cualquier caos le poníamos geometría,  
esa fue la arquitectura del mundo.  
Y cuando ya el mundo estaba muerto,  
asfixiado y saturado del color de nuestras señales,  
aún le llamábamos.  
Sabíamos ya que no nos hablaba en sueños,  
que no eran sus augurios los vientos ni las olas.

Lo llamamos ciencia, pero no, es la llamada.  
Increpamos a los cielos desde nuestra atalaya de  
cristales.

¿Qué esperamos encontrar sino a los dioses,  
al búho cósmico que nos alivie?

*Tranquilos, hijos, yo habitó tras los átomos,  
mi cuello gira en 360 grados para verlo todo,  
mis ojos no pestañean.*

Otra baratija, ni siquiera el águila,  
sino un miserable búho  
con el que conformarnos...

inmensamente



## Índice de poemas

El secreto del tártaro .....	9
Profecía.....	10
Sequía.....	11
Ephemeris .....	12
Miedo .....	14
Jauría.....	15
La tierra del sol.....	16
La palabra .....	18
Construcción del Desierto.....	19
Dones.....	20
Verbum .....	22
El libertador .....	23
Obvio .....	24
Redentor .....	26
La muerte del bardo.....	28
Reflexión.....	30
Onironautas .....	32
El jerarca.....	35

El pueblo del águila.....	36
El ciego.....	38
Cárcel.....	39
La Saez.....	40
El pozo.....	41
Consumación.....	42
Tiempo.....	43
Novum.....	44
Tratado de poesía absoluta.....	47
El agujero.....	48
Exvotos.....	50
El taxidermista.....	51
El sepulturero.....	52
Enseñanza.....	53
Sabez.....	54
Noche.....	56
Lluvia.....	57
La llamada.....	58





*Somos manantial* es una obra sobre la fertilidad y el espacio vacío que queda entre los cuerpos, sobre la escisión entre la vida y el pensamiento. Los poemas se sitúan en una aridez imaginada y real, entre la inversión de los jardines externos y la perversión de los jardines internos. El espacio es la llamada de atención sobre la malinterpretación del tiempo: frente al tiempo metafísico, el tiempo físico, real e inexistente, o la rotundidad del devenir que niega todo misticismo. La obra es, además, un grito contra la complacencia en la poesía, contra la baba de los pensamientos anodinos que orbitan los egos. Porque si pensar es pensar contra alguien, el pensamiento es un hecho social, al igual que la poesía, cuyo espacio es el ritual que envuelve los cuerpos y forja la palabra. Finalmente, nuestra miseria lírica es nuestra imposibilidad épica.

